

cuatro puntos cardinales del horizonte. El turco viene á unir los imperiales con los rebeldes; y en esta union se fortalece el débil y se debilita el fuerte. Tanto es así que Cárlos suspende sus venganzas, ahoga sus odios, aplaza sus combates y reclama contra el comun enemigo de la Cristiandad la union de los cristianos. Esta reclamacion tiene una desmesurada importancia, primero porque todo un Emperador, y Emperador autoritario, pacta con sus vasallos rebeldes; y despues, porque reconoce al pactar, que la nueva idea se encuentra virtualmente dentro del Cristianismo y que los revolucionarios radicales son, y no pueden menos de ser cristianos. Los confederados, duchos en esas artes políticas tan necesarias á los débiles, en vez de apresurarse á tomar la mano poderosa que les ofrece auxilio, rehusan toda inteligencia que no esté basada en el prévio reconocimiento de la libertad divina de las almas y del derecho eterno de las conciencias. Así, demandan que las cosas permanezcan tal como se encuentran á la sazón, hasta que el Concilio se reúna; y que la libertad de profesar privada y públicamente su fe, quede escrita y fija hasta que el Concilio resuelva. Cárlos V no tiene mas remedio que, ó debilitarse ante el turco, ó ceder á las instancias luteranas. La necesidad pone á los poderes mas fuertes en estos trances tremendos. Convoca, pues, una Dieta para Ratisbona en enero de 1532; y cuando mas empeñado se encuentra en procurarse la alianza con la Alemania protestante, sobreviene la inesperada nueva, terrible para el Emperador, de una alianza entre Francia, Dinamarca, Baviera y la confederacion dicha de Esmalkalden. Despues de esto, el Emperador no tiene otro remedio sino caer á los piés de sus formidables enemigos. A consecuencia de tamaña derrota, una paz general se conviene seguidamente y con gran celeridad entre el jefe de Alemania y los Estados protestantes, despues de haberse comprometido aquel á suspender todo proceso religioso. La cosa pública se asienta sobre grandes bases, y mientras este armisticio dure, los débiles se fortalecen y se aperciben á la victoria. La única concesion de los revolucionarios al Emperador consistió en vedarse á sí mismos innovaciones peligrosas, conservando lo afirmado y contenido en la declaracion de Augsburgo. Ambos partidos, segun el espíritu de estos convenios, quedan ligados por un interés comun y comprometidos á prestarse auxilio en caso de peligro y á vivir en recíproca y fiel caridad cristiana. Pero, mientras tanto,

la revolucion se consolida, las jurisdicciones de los príncipes reformados se mantienen, y el despojo de los bienes eclesiásticos se consolida por la prescripcion, al mismo tiempo que caen los rescriptos de Worms y surge esplendorosa la libertad de la humana conciencia. Los turcos, pues, salvaron la Reforma en el mas angustioso de todos sus trances. Merced á ellos, los príncipes protestantes pudieron humillar al Emperador Católico; merced á ellos, el protestantismo tuvo un respiro de catorce años para organizarse y extenderse!

Así, Cárlos se siente de tal suerte dominado por la fatalidad, que se deja arrastrar en la corriente de los sucesos, como un cuerpo muerto caido en rápido é impetuoso rio. Y encuentra, despues de la paz firmada en Nuremberg, tremenda y terrible oposicion en los mismos católicos, á quienes personifica y dirige. Su deseo de conciliar todos los extremos le ha obligado á romper con todos los partidos. El proceder de los príncipes protestantes raya, por este tiempo, en habilidad mas que italiana. Empeñados en arrancar la conciencia íntegra de manos del Emperador, le dejan, digámoslo así, á su arbitrio el cuerpo. Aquellas almas rebeldes en todo lo relativo á la religion, prestaronse obedientes y sumisas á todo lo relacionado con la política. Jamás los contingentes de los príncipes y de las ciudades se presentaron ni tan numerosos, ni tan retribuidos, ni tan provistos. Las ciudades mas protestantes cubrieron su cupo con mayor exceso. Al fin los turcos llegaron delante de Viena, cuando ya los protestantes y los católicos estaban reunidos para combatirlos y contrarrestarlos.

Doscientos mil hombres llevaba Soliman. Los escritores protestantes de tal suerte odian á los católicos, que uno de ellos ha llegado á llamar á Soliman el salvador de Europa. Segun tales apologistas de Turquía, el Sultan daba lecciones de moderacion en la batalla y de humanidad en la victoria. Mas, aun reconociendo que los jefes mahometanos tenian cierta elevacion de pensamiento y cierta tolerancia con las ideas religiosas de las sectas á ellos contrarias, don de mando, disciplina en sus ejércitos ¿quién puede dudar que las tribus tártaras, aquellas tribus célebres por su rapacidad y por su fiereza, caian como una gran calamidad material sobre los pueblos invadidos y los destrozaban para mucho tiempo? Y aun admitido el carácter humano de los sultanes turcos, ¿quién puede dudar en el mundo, despues de las últimas

experiencias, que, do quier plantan esos guerreros su tienda, canceran desde la conciencia hasta la tierra? Los que hubieran querido en odio á los católicos aliar los protestantes con los turcos dejaran, logrando su intento, una mancha indeleble, por siglos de siglos señalada universalmente á las maldiciones de la historia. Ya los romanos descontentos en España de la dominacion goda; y los hijos de reyes, mal queridos ó mal tratados en las intrigas cortesanas; y los generales de griega estirpe, á quienes se encomendara el presidio y custodia de las ciudades hispano-africanas, llamaron en su auxilio las huestes de Mahoma y las esparcieron por España, no sin que su nombre haya servido de baldon á nuestros anales que no lavaran ni con los sacrificios consumados durante siete siglos esos indelebles borrones llamados hijos de Witiza, obispo don Oppas y conde don Julian. No se podía servir al Sultán sin renegar del Cristianismo, y no se podía renegar del Cristianismo sin renegar de la libertad. Indudablemente, allá en las cimas del Imperio turco existian Sultanes dorados por una especie de cultura occidental que les prestaba la inspirada y artística Venecia; pero esta cultura no podía llegar, no, hasta el amazon del Estado, hasta el pueblo mismo. Soliman podía haberse convertido de general tártaro en César bizantino, escuchando con paciencia los discursos de tantos doctores como pululaban por Constantinopla, levantado de nuevo el Hipódromo donde se verificaban los juegos antiguos, á guisa de un Paleólogo; pero su nacion, á pesar de todas estas apariencias engañosas, resultaba una turba de genizaros, y esta turba de genizaros una máquina de guerra, de conquista, y de exterminio. La Turquía trituraba los pueblos como tritura el trigo la rueda de un molino; y cuando no los tritura, cuando los deja como dejó los restos de la nacion helénica, jamás se los asimila. Cuatro siglos han estado juntos turcos y helénos, y en cuatro siglos no han podido unirse, como se unieron, por ejemplo, los celtas y los iberos en Francia, y como se unieron en España los celtas y los romanos.

Las lagunas de Mohaz vieron la ruina de Hungría. Aglomerados allí los defensores de la nacion caballerisca no contaron el número de sus enemigos, y al ver brillar la media luna, tendieron sus brazos para arrancarla con heroismo grandioso, pero imprevisor, que solo podía conducirlos á un verdadero martirio. Abriéronse los turcos cual esas hendiduras que bostezan al

pié de los volcanes, y volvieron á cerrarse con los estremecimientos de un terrible terremoto. Así quedaron dentro del ejército enemigo los sublimes caballeros húngaros, como queda la presa entre los anillos de la serpiente. En su vertiginosa carrera, cual si montaran águilas en vez de caballos, y poseyesen el talisman que ahuyenta la muerte á manera de los héroes fabulosos, llegaron á la boca de los cañones turcos, dentro de los cuales cabia un hombre, y que vomitaban un fuego del infierno. Caballos y caballeros desaparecieron, en pedazos, descuartizados por aquella terrible tromba de plomo derretido. El animoso Rey Luis murió entre los primeros, dejando esos resplandores del martirio que engrandecen y santifican á los pueblos, y hacen de la muerte la verdadera inmortalidad. Allí está el sepulcro de Hungría. En el cráter de tamaño volcan se consumió la nacion heroica, la nacion caballerisca, la nacion santa. Y con esta catástrofe, perdió su escudo Alemania, quedando á merced del invasor, expuesta indudablemente á que las aguas de la triste laguna de Mohaz fueran para ella tan nefastas como habian sido para nosotros las aguas de ese Leteo de los godos que se llama el rio Guadalete.

El terror al nombre turco heló en las venas de las naciones del Norte la sangre. Los padres contaban á sus hijos en acentos luctuosos, dignos de los trenos de Jeremías, que las iglesias húngaras se habian trocado en mezquitas, las poblaciones en ruinas, los campos en desiertos, los ciudadanos en esclavos, y las jóvenes en odaliscas y siervas de los harenes turcos; por lo cual llevaban, como indeliberadamente, las jóvenes generaciones sus diestras al puño de sus espadas y prometian esgrimirlas en contra de los enemigos mas feroces de su religion y de su patria. Indudablemente, una de las mayores glorias de Carlos V y uno de los mayores timbres de nuestra nacion se hallan en esa reaccion sublime contra la victoria turca que lleva las huestes castellanas á Viena para combatir al conquistador y salvar de sus garras la Europa. Lo cierto es que aquellos mismos tigres de las lagunas de Mohaz se trocaron en corderos á las orillas del Danubio; lo cierto es que la flor de los héroes españoles unida con la pujanza y el número de los guerreros alemanes, hicieron retroceder á los turcos, envanecidos de contar á Viena como una Constantinopla del Norte. Los sitiados levantaban muralla tras muralla, y cuando los sitiadores creian haber tomado una encontrábanse con otra. Era